

PAISAJE TRAS LA ESTIVAL BATALLA

CARLOS DÍAZ

Present-day academic philosophy is frequently centered round a language which, far from serving as a vehicle for reality, is often entangled in fruitless complications. "Compulsive discourse-centrism" –as distinct from inevitable logocentrism– reveals an underlying egocentrism which blocks all possibility of dialogue and inclines towards an attitude of nihilism.

This modern philosophical attitude, in thrall to the word, shirks one of man's most pressing problems: evil, which would appear to be an essential companion on man's historical voyage. As against this, a personal religious attitude reminds us that "the history of reason was born of the Word, and not vice-versa". Perhaps this attitude should be adopted today, in order to counteract all that is negative in political life. A problem already raised in such different symbolic texts as the myth of Prometheus or the Biblical tale from Adam to Abraham.

We must question the four obsolete paradigms of our Enlightenment –omniscience, disintegrative individualism, suspicion as a basic attitude and conflict between faith and reason– while also aiming at correction in four directions: extending science into consciousness, thinking-with and thinking-for, adopting a lucid ingenuousness and, finally, recalling without ceasing to think and pray. Only thus can dialogical reason be extended into eutopoprophetic reason.

0. DE POR QUE ESTE TEXTO, Y NO MAS BIEN NINGUNO

Habiendo pasado parte del verano de 1991 entre filósofos y teólogos alternativamente, como por lo demás suele ser mi ocupación habitual, aunque más frecuentemente aún desde mi propia soledad interior, me sentí una vez más tan profunda y desmesuradamente decepcionado por los filósofos (o filólogos) como renovadamente atraído por los teólogos (siempre que no quieran parecer filósofos).

Espero que tras lo dicho pierda parte de su aparente cripticismo o carácter hermético el escrito que sigue, bastante más sencillo de lo que pudiera parecer.

De cualquier modo a la pregunta de por qué este texto y no más bien ninguno sólo puedo responder lacónicamente: No hay razón en favor de este texto, sólo amistad, amistad hacia los profesores Avelina Cecilia y César Moreno, en favor de cuya bondadosa petición acude este texto escrito. Amistad favorecida funda siempre esfuerzo racional.

1. FILOSOFIA: CAPACITE DE POUVOIR DIRE

A. Filología

Los filósofos académicos, como señaló Nietzsche, tiramos a filólogos casi siempre, porque en la Academia importa mucho la filología, el *speech act*, toda vez que ella como Institución se resuelve a la postre en lenguaje: El lenguaje de la Institución, o la Institución como lenguaje.

Y, como cualquier ciudadano sabe, el lenguaje lo complica todo: *A propos du sujet, au sujet du sujet*, siempre igual para objetar objetivando, objetivando el objeto, decidiendo la decisión, o fascinando la fascinación, en definitiva anonadando la nada. ¿Demasiado claro? Oscurezcámoslo un poco.

Nada de malo habría en ello si el lenguaje sirviese como vehículo de la realidad, pero tal no ocurre todos los días. Los filósofos nos dividimos en *poetas* (eso en el mejor caso), y en *charlatanes*, los primeros llevados por la libertad de lo imaginario, los segundos sujetos a la sujeción de la frástica, la perifrástica y sus derivados en general: Siempre hermeneútica y hermeneútica de la hermeneútica, en cuyo colmo el traductor que traduce del alemán al castellano se traduce primero a sí propio al alemán (a trancas y barrancas) para luego traducir al castellano germanizantemente, y así sucesivamente hasta nada traducir o entregar de veras.

Entre ambos grupos de poetas o charlatanes resulta ocasionalmente difícil trazar una línea de demarcación nítida.

Así las cosas, y siendo el lenguaje el grado cero de la atestación sobre el que se construyen luego el grado uno, el dos, etc, de grado en grado se degrada la gradación con su gota a gota torturador. Cuanto más arriba, más dura la caída. La soberbia profesional degenera cuando el logocentrismo necesario se torna discursocentrismo compulsivo. A quien pretenda lanzar una buena sospecha genealógica contra los filólogos en cuestión le brindamos ésta, auténtico pecado original del gremio: *Lalia* en el origen.

De todos modos, intentemos salvar a los menos malos de los filólogos diciendo con Paul Ricoeur: “No hay que confundir retórica con sofística. Hoy

existe ciertamente un buen número de personas enfrascadas en una ramplona sofisticada, una suerte de *retórica negativa*. Por el contrario la retórica positiva es una herramienta necesaria a la filosofía. Es la base para la búsqueda de los argumentos probables. Entre el dogmatismo de la necesidad y el escepticismo de la duda universal, está ese imperativo de lo probable. Es la raíz de la filosofía, en las antípodas de la seducción por argumentos falaces (“El Sol”, 5/7/91). “Porque cada cual es responsable de su misión. El sueño totalitario intenta solucionar desde arriba todos los problemas, aunque yo creo mucho más en la eficacia de un pensamiento fragmentario”.

B. Solus ipse

Salvado lo cual, empero, todo se ordena al cabo filológicamente hacia el *yo soy autor del discurso*. He ahí en última instancia la *mensura mensurans* del filólogo: *Yo soy yo y mis discursos*. *Jemeinigkeit* significa en tal ámbito *Eigentlichkeit*, y viceversa, como ya señalara Max Stirner, maestro en el *delirio de la ipseidad*, una ipseidad tan insatisfecha, que a pesar de todo los filólogos tratan de dar ante la galería por *miennauté de l'être*. ¡¡Finalmente, aunque sea reflejado en el espejo deformante de la feria donde Vanitas tiene su asiento, el discurso es mío, para mí el discurseador, la subjetividad devenida autoposición de sí misma!, rasgo típico del sujeto filológico. La fuerza elocucionaria se reduce en estos pagos nuda y simplemente a ecolatría y autolepsis. Perderá el tiempo quien pregunte al filólogo *de quoi parles-tu?, d'ou parles-tu?*, pues todo el mundo sabe que hable de lo que hable siempre hablará de sí, desde sí, y para sí, o, si se mayestatiza la cosa, para nos, para nos, y nada más que para nos. Permítanos, filósofo puro: Es usted el rey del botafumeiro, su emblema heráldico. *Pour être le seul, je veux finalement être seul*.

Filosofía: Locución sin interlocución, textualidad sin intertestificación, y al final todos a levantar acta del atestado con el cuerpo presente del ego sin deudos que le lloren. La filosofía egótica al uso llora mucho, pero llora porque no la lloran, llora con lágrimas de cocodrilo. Es el precio de un drama anunciado que ha de pagar su peaje cuando no existe solicitud por el otro, cuando se ha pretendido vivir bien sin desvivirse, cuando se ha querido ser capaz sin ser responsable, cuando la memoria (de sí) implica el olvido (de ti). *Der Angesprochene, celui qui est appelé ¿me habla, habla a mí?* No, los filólogos solamente hablan de palabras, no de cosas, y jamás de personas. Su primer gran problema es éste: Cómo hacer cosas con palabras.

Tal es en definitiva la pretendida *autonomía* (*Selbstheit, Selbständigkeit der Selbst*), al fin y a la postre *Beständigkeit*, antítesis del *des-inter-essement*, pues va del *idem al ipse, del ipse al idem, solus ipse*: Palabras, palabras, palabras, círculo envolvente de la cárcel de papel, irrealismo al que nunca falta sin embar-

go el *copy right*. El texto, papel que todo lo aguanta, es el maestro armero al que habrían de ir las eventuales reclamaciones. Como es evidente, lo escrito posee derechos de autor, pero carece de responsabilidad o autoría, precisamente porque sin el otro no puede existir responsabilidad alguna, por mucho que yo me considere como un otro a mí mismo y hasta lo sea.

Lo que hereda un filólogo de otro es la impronta digital. Dicho de otro modo, lo que constituye su identidad narrativa no es el carácter, sino la representación. El *teatro* será el género lírico del filólogo, mientras que la *tragedia* el del teólogo, y la *comedia* el del político. Existen luego variantes en función del género, y así los filólogos prosistas se apoyan en idiomas para sus charlas y charlatanerías, mientras que los filólogos poéticos se sirven de la lírica bailable para su quehacer. De todos modos, subgéneros menores del árbol de Porfirio por cuyas ramas se pasean.

Si todo es género chico en este ámbito ¿también lo son estas breves greguerías? También, ay, pues dos que duermen en un mismo colchón se despiertan al cabo de la misma opinión: Definalas, en todo caso, el benévolo lector amigo como *nous poietikós de pie quebrado*, o como metáforas de realidad. La metáfora es un rayo de palabras incendiando al caer.

Así las cosas, dan ciertamente ganas de cambiarse de oficio, pero ya es tarde. ¿Ganaríamos algo poniéndonos la toga? Verdad es que el jurista no busca tanto el *ipse* como el *idem*. La atestación judicial dice así: Nadie es sospechoso por principio, sino inocente ante la ley (mientras en la atestación filosófica todo ha de ser sometido a la sospecha, árboles que caminan). Sin embargo, para el jurista todos somos *idem* al final. Si el filósofo se siente amenazado continuamente por la pérdida (*moi c'est un autre*), si teme por el ornitorrinco de su yo (“mi yo, mi yo, que me roban mi yo”), el jurista representa sin embargo por su parte la constante amenaza de encierro en el redil del común de duralex (*sed lex*). De un mal gremio a otro peor.

Filología, sujeto ausente. En el toque de retreta de la vida académica el ser humano no se presenta, se representa. Tampoco la pregunta es pregunta, sino cuestión, ni la mirada admiración. Allí sólo cabe primera persona (nominativo egonominante), reduciéndose la segunda y la tercera a un impersonal reflexivo. Y por eso la respuesta del interpelado no es un “heme aquí”, *he me a mí con tigo*, toda vez que en filosofía sentirse interpelado es sentirse acusado, puesto en solfa, sofoado y golpeado con la mano de medir, que no es la mano de pedir.

Empero, sólo en la no filológica voz pasiva (la filología desconoce otra voz que la *pasiva*, y si es en griego llega hasta la voz media), sólo en la cotidianidad sin reflexión el “me” acusativo interpelado del “he”-me deviene nominativo mariológico: *Adsum, fiat*, hágase en mí. Este pasivo acusativo fundado puede y debe devenir fundante tras su retraducción nominativa en la voz activa. Es el acusativo quien presta valor denominativo al nominativo, quien des-cubre lo

antes en-cubierto, pues permite en la convocatoria del otro la evocación de mi nombre y la autoconciencia reconocitiva del suyo.

Tertium non datur: Opción de gratuidad, no filológica, me descubro orando y te descubro orante. Ahora una frase puede ser escrita sobre un muro, y funcionar como rostro, pues la mano que escribe y la mente que recibe reconstruyen el rostro del ladrillo, haciendo de la escritura hogar. Francisco de Asís así. Ahora es el pueblo judío el que hace judío al judío, y no a la inversa. En suma, aquí el horizonte de la caridad deviene la verdad del querer.

Opción filológica, no gratuita, te encubro en la sospecha y te vivo como *cogito* herido por mi yo hiriente en esa lucha por el reconocimiento que no reconcilia porque ahora mi querer es requerimiento, conciencia notarial desventurada, drama biográfico, tragedia, donde lo que primero fue memoria después se convertirá en víctima para tornar por último al polvo del olvido, pues sólo hay memoria cuando antes en su día hubo rostro presencial. No cabe en tal contexto historia de la víctima, sino historias de victimación. La historia filológica sólo da de sí para el autismo. En suma, aquí el dilema va del querer la nada al nada querer, del ser sin posibilidad, a la posibilidad sin ser.

C. El cogito capital

Así de contundente. Nada de paraíso ático queda ante el implausible sujeto de la modernidad reducido a palabras para nada significar. El verdadero sujeto de la modernidad no está donde lo depositan los inocuos filólogos, sino en otra parte, en el Capital, sujeto que mueve eso que en la Paz Perpetua llamara Kant **Demonen mit Verstand**, y que hoy podríamos traducir por **egoístas racionales**. El segundo gran problema metafísico de este *cogito egoísta* consiste en saber cómo se puede usar al *cogito* ajeno para pensar con el propio. Necesitando del otro mi propio yo, yo sólo acaezco filológicamente en relación destitutiva, fagocitaria. Puede creérseme o no, pero uno de los filósofos de más renombre oficial me decía: Soy un consumidor de hombres. Terrible este *cogito* cuasianthropofágico o *Menschenfresser*, casi siempre activo como *cogito* sádico.

En todo caso los escenarios tienen sus actores, y Max Weber fue de los primeros en moverse hacia la subjetividad emergente cuando excluyó de la razón moderna la pasión y la tradición para reconducirla a la coherencia en lo sistémico dentro de un continuo tecnocientífico, esto es, para conformarla y adecuarla a lo dado. De todos modos entre nosotros la cosa empezó a definitivarse cuando Ortega y Gasset, en una de sus peores faenas en el ruedo ibérico, contrapuso irreductiblemente el frailuco de tosco sayal Juan de La Cruz al magnífico y lúcido Renato Descartes, para quedarse indubiamente con éste contra el otro.

De entonces abajo la enfatización ilustrada de la libertad, que camina –racionalidad ligera– hacia la disolución relativista, rodó en plano inclinado, espe-

rando sacar todos los regalos de la caja de Pandora. Es conocido el resultado del proyecto moderno: La tardomodernidad o modernidad inercial ha desembocado en un aristocrático ejercicio de nihilismo, aceptando sólo el lenguaje de los hechos (alias “fin de las ideologías”, “fin de la historia”, etc), ignorando que –como dijera Heidegger– “hecho” es una palabra tan bella como insidiosa.

Habitamos las ruinas del edificio de las ideologías modernas, y si es verdad como afirmara Franz Kafka que la estructura interior de un edificio se aprecia mejor tras haber sido incendiada y quedar en ruinas, poco fuste nos parece conservarse en sus cuatro pilares aún fundantes, los cuatro *movimientos divergentes* que se pretenden respuestas a los cuatro jinetes del Apocalipsis: el ecologismo nostálgico y restaurativo, el pacifismo que es síntesis simbólica de la nueva sensibilidad, el feminismo donde la identidad se disuelve en diferencia que se disuelve de nuevo en identidad, y el nacionalismo tan hipermélope en la heterocrítica como miope en la autocrítica.

Y cuando no habitamos las ruinas de la modernidad nos vemos situados ante la estupidez, aunque ella provenga de un omónimo filósofo venerando y bien comido, que según las apariencias al menos nada quiere saber de las tres cuartas partes que pagan su filosófico condumio:

“Afirmo que en el Oeste vivimos actualmente en el mejor mundo social que haya existido nunca, y eso a pesar de la alta traición de la mayoría de los intelectuales, que anuncian una nueva religión pesimista, según la cual vivimos en un infierno moral y nos estamos destruyendo por contaminación física y moral. Afirmo que esta religión pesimista no sólo es una mentira grosera, sino que nunca antes ha existido una sociedad tan dispuesta a la reforma. Ese gusto por la reforma es el resultado de una nueva disposición ética al sacrificio. Vivimos en un mundo precioso y hemos creado aquí, en el mundo occidental, el mejor sistema social que haya existido nunca. América ha demostrado que la idea de la libertad personal, como la intentó Solón en Atenas y como la elaboró I. Kant, no es un sueño utópico. He estado en muchos países, pero en ningún sitio he respirado un aire tan libre como en EEUU. Y en ninguna otra parte he encontrado tanto idealismo, unido a tolerancia y al deseo de aprender, tan activo y tan práctico, y una disposición tan grande a ayudar” (K. Popper: “La libertad contra el cinismo”. In “El País”, 3-7-91).

2. ANTROPODICEA: PAN-DORA, LA CAJA DE LOS MALES

A. Los males

Bueno estaba y se murió. Que el mundo no es tan leibniziano-popperiano lo saben sin embargo en todo el mundo, menos en los Estados Unidos de Norteamé-

rica, claro está. Los males, para más inri *tá kaká*, están ahí negando y agrietando la pretendida identidad redonda del yo filológico, rechazando su oronda autolatría, porque los males hacen polvo y al polvo llevan al hombre *homo*, al hombre *humus*. Es el terreno donde la finitud revoca tanta y tan incontinente fogosa verbosidad, y donde la vence con todo el tremendo realismo de lo evidente.

A la finitud responde como puede la ética, aunque a véces responde, ay, contra la religión, pretendiéndose malamente su *Ersatz*. Responde, en todo caso, según se decía, como *puede*, explicando el mal que la corroe y cancera por la ignorancia, por su posible superación en el bien mayor, por la privación, por la libertad, por la perfección del mejor mundo, o incluso por nada, como si la realidad estuviese unida por una concatenación causal e inexorable que nos arrastrase fatalmente a ninguna parte, o a alguna parte pero irrevocable, ya sea el progreso de la eucatástrofe, ya la discatástrofe misma, en todo caso indefinidamente, al no haber otra cosa que la mera sucesión del bastidor mecánico. Difícilmente pensable resulta aquí la salvación, toda vez que más difícilmente aún resulta salvar el pensamiento.

B. El mal

Los males en plural no hacen de todos modos sino maquillar la cuestión más radical y singular, la del mal en su totalidad radical. El mal radical consiste en desgajarse de la raíz, y en este orden de realidades nos situamos no ya en la finitud, sino en la *culpabilidad*, en la mancha: Solo se es culpable ante lo Radical, ante Dios, sólo entonces puede hablarse de verdadera *hybris*.

Así las cosas, y como ha escrito Ernst Jünger en su obra *Radiaciones* (1942), “el mal aparece siempre primeramente como *Lucifer*, luego metamorfoseándose en *Diablo*, y finalmente como *Satanás*. Es la progresión que va desde el *Portador de Luz*, al *Disgregador*, y definitivamente al *Aniquilador*”. Y llega el día, o la noche, en que Lucifer le dice a Fausto por boca de Goethe: *Du glaubst zu schieben, Du bist geschoben*: Te crees muy listo, aunque el listo soy yo, porque tu me empujas pero eres realmente empujado por mí. Mientras tanto, Fausto empuja hacia adelante, y a tal cosa le llama progreso, y aún Progreso.

C. Culpa, pecado, perdón

Se sale *in-nocens* de las manos divinas, se vuelve *nocens* tras la culpa original, y sólo se rehabilitará Adán por la restauración de Dios. Adán es la caída, Abraham es el ascenso, Cristo el descenso que asciende. Aquel que pecó no vuelve inocente al jardín del Edén, pero puede volver perdonado, pasando así de lo cacodemónico a lo eudemónico.

Donde abundó palabrerío pecador o no-respuesta a Dios, sobreabunda ahora el silencio reverencial y confiado cual don que reconoce el per-don.

Nietzsche, al situarse allende bueno y malo, pretende huir a esta realidad radical, pues se hace muy difícil definir el mal cuando no se asumen previamente los valores. Afirmar que *yo no creo en valores* resulta ser de este modo el paso previo para tratar de no situarse ante Dios. *Entzauberung* y *Entgötterung* caminan indisolublemente de consuno.

3. TEOLOGIA: WANN WERDEN WORTER WIEDER WORT?

A. Cuando las palabras se hacen Cister

Y mientras los filósofos se acaloran discursivamente y despedazan deconstructivamente los últimos fragmentos de vísceras desparramadas (¿qué comerán, dicho sea de paso, cuando ya lo hayan devorado todo? ¿la antropofagia es la filología del futuro?), mientras hacen un esfuerzo máximo para evitar la caída en el nihilismo absoluto y se aferran a la última tabla de salvación definiendo la verdad como coincidencia del aserto parcial con la visión del mundo subjetiva, al otro lado del aula una monja cisterciense que ha abandonado por unas horas la clausura para dirigirse por unos momentos a los teólogos toma la palabra.

Diminuta, enhabitada, con la vista baja, desgranando quedos susurros con una voz que se oye en el silencio no roto ni por el vuelo tenue de una mosca, comienza su loa de la Palabra mientras quiere retirar su propia voz. Nada de preguntarse hiperbólica o filológicamente si las palabras de Dios son una parábola, y mucho menos si Dios sería él mismo una parábola. No. Todo es aquí apalabramiento en la Palabra. No cabe una teología sin Dios, aunque sí un Dios sin teología. Y si es cierto que hay santos que el cielo impone a la tierra, y santos que la tierra impone al cielo, sólo aquéllos podrán hacer teología y aún gustar teofilía.

Habla la superiora cisterciense, y yo comienzo a responderme: Sí, modestamente Europa la han hecho los monjes benedictinos cantando salmos y plantando viñas. La historia de la razón nació de la Palabra, y no a la inversa. ¿Acaso fue Voltaire quien primero habló de amor al prójimo? ¿Tal vez Habermas el único en tratar de resolver las discrepancias mediante la universalización del discurso? ¿Lo que se llama diálogo no estuvo mucho antes presente y operante en la Escuela de Traductores de Toledo, ejemplo viviente de pluriconfesionalidad religiosa en un abrirse hacia lo Supremo? ¿La neotolerancia hacia el animal (a costa del hombre) ha de llevarnos a mirar con desprecio la belleza de las grandes catedrales por no ilustradas?

Dice la mujer de clausura que salen tantos textos sagrados de su boca en el continuo orar laborante de cada día, que no puede por menos de sentir su propia pequeñez agrandada. Que otros urgidos por la cotidianidad asilvestrada de la polis demandan de ellas oraciones. Y que sería bueno que cada cual se detuviese para asolarse en la súplica y así reencontrarse en la alabanza: “A cada hombre al que yo pueda atraerle a la categoría de *singular* me comprometo a hacerle llegar a ser cristiano; o mejor, ya que uno no puede hacer esto por otro, le garantizo que él lo será. Como singular él está solo, solo en presencia de Dios, y ciertamente entonces no le costará obedecer” (Kierkegaard). Porque sólo Dios puede salvarnos, y no nosotros, y porque sólo un hombre salvado puede descubrir que el rey estaba desnudo.

Añade la monja cisterciense literariamente que un monje incapaz de aguantar la clausura con sus hermanos puesto que le preguntaban su nombre (él sólo se preguntaba filológicamente a sí mismo: “¿Cómo me llama mi nombre, cómo se llama mi nombre?”) decidió marcharse lejos con un cántaro por toda compañía, pero al poco tiempo apareció roto el cántaro porque el monje enojado lo había estampado contra el suelo: Quien no aguanta a su prójimo derrama el agua de su cántaro, y atenta en última instancia contra la fuente.

Es, en efecto, el prójimo de hoy como ese ciervo al que su dieta omnívora y alocada lleva a engullir una serpiente, y que tras sentir en el estómago el ardor del veneno no baja siquiera a la fuente para apagar la gran sed interior. Cuando ya no ingiera más que las víboras de la deconstrucción, ¿qué pastará ese ciervo? Y cuando haya roto todo ¿con qué jugará el nuevo ilustrado?.

Ignora el que llama “otro” al otro y a los otros pueblos “pueblos otros” que nosotros somos otros otros... Pero también la clausura es un riesgo, una elección. Una niña entra en la juguetería, y quiere llevarse todas las muñecas, debiendo finalmente elegir entre dos. Consumada la elección, la niña vuelve a la tienda para, resignada solo a medias, depositar un beso amoroso en la no elegida.

Mas optar es vivir, vivir optar, y no se puede tener todo en la vida, menos aún a cambio de nada, afirmación que constituye las letras unciales del hombre religioso, especialmente del místico: Para venir a serlo todo, no quieras ser algo en nada.

B. Estar al poste

Nada más abierto y menos robinsonista que tal clausura, porque ella es etimológica y realmente católica (universal) por cuanto busca lo universal, y lo busca pneumáticamente, sin el anhelo del comun-ismo o del to-mismo, que son ilusiones de universalidad a costa de las singularidades diferenciales. Una mentalidad así católica *está al poste*, tal y como —me decía Olegario González de Cardedal, teólogo de raza— se ponían los viejos catedráticos de la Universidad

Pontificia de Salamanca fuera del aula una vez terminada su clase, aguantando en una esquina a pie firme las preguntas pertinentes e impertinentes y buscando lo verdaderamente angular, sin que a nadie se le preguntara allí nada similar al repipi y filológico *Mit wem haben Sie studiert ?*, con que al parecer Heidegger pretendía inquirir el *pedigree* académico de Adorno.

No diría yo, así las cosas, que no sea necesario un espíritu cisterciense para afrontar la corrupta cosa pública. Como afirma Paul Ricoeur, “la democracia no está viviendo a la altura de su ideal precisamente por la ausencia de ciudadanos en la discusión pública. A través de asociaciones creadas en la propia sociedad, como por ejemplo los grupos cristianos, que han perdido el poder político, tienen ahora la ocasión de participar y de influir haciendo que la democracia llegue a vivir a la altura de su ideal” (In “El Mundo”, 5/7/91).

4. MITOLOGIA: DERROTA DE PROMETEO, RENDICION DE EPI-METEO, Y RESTAURACION DE ZEUS

A. En el zoo

Pero la difícil democracia la hacen en todo caso, creyentes o no, los demócratas humanos, claro está, y así vamos a dejar que en principio nos lo relate el primero en el ágora, el helenísimo Protágoras (320 d- 322 d).

Era un tiempo, dice Protágoras a Sócrates, en que existían los dioses, pero no aún las especies mortales. Cuando a éstas les llegó, marcado por el destino, el tiempo de su originación, los dioses las pensaron; pero a fin de no mancharse las manos educiendo dichas formas pensadas del barro de la tierra, ordenaron su creación al Titán Prometeo, especie de Demiurgo intermedio, ni tan divino como para no ensuciarse las manos durante la creación, ni tan humano como para no poder extraer de la tierra las futuras especies.

Ya se disponía a la tarea Prometeo, cuando su hermano menor Epimeteo, deseoso de estrenarse como adulto hábil, le pidió le dejase comenzar él mismo la sugestiva tarea: “Una vez yo haya hecho la distribución de los dones adscribibles a cada especie, tú la supervisas”.

Obtenido el permiso del buen hermano, Epimeteo puso manos a la obra: A unos animales les proporcionaba más fuerza que rapidez, a otros más débiles les dotaba de mayor celeridad; a unos les armaba con buenas defensas, a otros con facultades miméticas para el escape; a los que concedía un cuerpo pequeño también les regalaba unas alas, o escondrijos para guarecerse, y así sucesivamente. Cuidando de que ninguna especie fuese aniquilada, cubrió con pelo espeso y piel gruesa a las más azotadas por los rigores invernales, para que también al acostarse las sirviera de abrigo natural y adecuado, y no olvidó suministrar

alimentos específicos a cada una de ellas según sus necesidades: A unas, hierbas de la tierra, a otras frutos de los árboles, y a otras raíces, no faltando incluso especies a las que permitió alimentarse con la carne de otros animales, concediendo a éstas gran fecundidad al efecto.

Mas como Epimeteo no era del todo sabio (*ou pány ti sofós*) y no dominaba a la perfección las artes del cálculo, gastó derrochadamente sin darse cuenta todas las facultades en los brutos cuando quedaba por equipar nada menos que la especie humana.

Henos de todos modos ante un zoo perfecto del que falta el hombre; diríase que Epimeteo se convierte tempranamente en patrón de aquellos neoevemeristas o posecologistas que consideran al hombre animal dañino del que habría que preservar a las demás especies aunque para eso hubiera de retrogradar el animal racional como fuera a la condición de noble pero irracional bestia. No Prometeo, ciertamente, sino sobre todo Epimeteo está de moda ahora que se habla del cánido como animal divino, y que tras haberse rectificado la visión cartesiana del animal-máquina se recicla la tesis del hombre-máquina echada a rodar por La Mettrie.

B. En la celda de castigo

Hallándose en tan apurado trance, hete aquí que conforme a lo convenido llegó Prometeo a supervisar la distribución, encontrándose sin embargo a todos los animales armoniosamente dotados, pero al hombre desnudo, sin calzado, sin abrigo, e inerme, aunque ya era inminente el día señalado por el destino para que el hombre saliera de la tierra a la luz.

Así que ante la imposibilidad de hallar medio alguno de salvación para el hombre, Prometeo optó por alzar hasta el Olimpo su mano titánica y robar del taller común de Hefesto y de Atenea la sabiduría de las artes junto con el fuego (ya que sin el fuego era imposible que dicha sabiduría fuese adquirida por nadie o resultase útil), ofreciéndosela luego como regalo al hombre. Fue así como recibió el humano la sabiduría para conservar la vida, pero no la sapiencia política, porque ella estaba en poder exclusivo y como patrimonio diferencial de Zeus.

Tratando de remediar el desaguizado introducido por su hermano menor, ya tenemos a Prometeo convertido en ladrón nocturno y alevoso en la mansión de Zeus, en la acrópolis. A pesar de que dos cancerberos terribles montaban guardia, a pesar de ellos logró Prometeo alcanzar furtivamente para el hombre los recursos pretendidos.

Anhelante entonces Zeus de castigar a Prometeo por su robo (*klopês díke*) le encadenó en el monte Caucasos, donde un águila de la mañana roía el hígado o fuerza desencadenadora que le iba creciendo con ayuda de la noche, dejando a

cero el deseo de romper las cadenas, aquella *Entfesselung* que sin embargo todavía creía posible y realizable el Proletario Prometeo de Karl Marx a mediados del siglo XIX.

Tentador sería en todo caso seguir la pista por los países del Este a ese Prometeo ya supuestamente desencadenado del comunismo pero reencadenado al marco del dinero, y compararlo con la suerte corrida por el Prometeo griego que terminó por recibir la libertad del Olimpo a cambio de la delación contra Tetis, indicándole a Zeus que no se casara con ella porque engendraría hijos más poderosos que él; poco importa asimismo que más tarde Prometeo aceptase como donación la cansada inmortalidad de manos del centauro Quirón herido por una flecha de Heracles sin esperanza de curación posible y con máximos dolores. Lo cierto es que nunca Prometeo cayó más bajo que hoy.

C. En peligro

Digamos, pues, que Prometeo quedó en la calle bajo libertad condicionada. El tonitronante Zeus de la mitología griega, nada experto en el amor y en el perdón y muy poco lento a la misericordia, enojado aún con Prometeo, decidió enviarle además un funesto regalo: *Pan-dora, la mujer-bombón*. Sabedor sin embargo de la inteligencia del Titán Prometeo, hizo que Hermes se la entregase a Epimeteo, el cual desoyó de nuevo los consejos de su hermano para que no aceptase ningún envío de Zeus, pues quedó prendado de tanta feminitud hermosa.

Así las cosas, y para escándalo de las feministas *enragées*, el astuto Hermes (¡patrón de los traductores, madre mía!) modeló con arcilla una figura de mujer a imagen de las diosas (“seréis como diosas”, ahora por vía esponal), y a los efectos de construcción del icono-ídolo en cuestión llamó a concurso a los más esmerados diseñadores de la época: Atenea la vistió, las Gracias la enjorronaron, las Horas la cubrieron de flores, Afrodita la dió rostro, y Hermes mismo la confió la maldad y la falta de inteligencia. Concluida la obra, Zeus insufló vida a la figura y envió a Pandora como regalo a Epimeteo, el cual se prendó de la bella, del mismo modo que los compañeros de Ulises fueron seducidos por el canto de las Sirenas.

Y añade Hesíodo que el operoso Prometeo, que había logrado capturar todos los males y que los había encerrado en una vasija, hubo de ver con renovada amargura cómo la funesta Pandora, movida por su curiosidad de Eva, lo eterno femenino, la abrió pese a la prohibición expresa del Epimeteo enamorado, esparciéndose así todos los males por la tierra cual funesto azote para la humanidad, quedando además en el interior de dicha caja tan sólo la esperanza. Otra versión o variante del mismo relato cuenta que la vasija traída por Pandora como regalo de Zeus contenía todos los bienes, los cuales, al ser destapados, escaparon raudos hacia el Olimpo, excepto la esperanza: Evidentemente, el resultado no

parece muy distinto de una versión a otra, salvo en la cuestión de los detalles psicológicos.

Pero la saga continúa, y habiendo desposado Epimeteo a Pandora, de cuya unión surgió Pirra, ésta a su vez se convirtió en madre del linaje humano al conseguir escapar junto con su esposo Deucalión al diluvio con que nuevamente fueron castigados por Zeus los humanos, debido a sus múltiples iniquidades ulteriores. Y de este modo volvieron a empezar, todos, y el todo.

D. En la polis

Pero volvamos al relato que habíamos interrumpido en el momento mismo en que Prometeo entrega a los mortales los atributos olímpicos.

Una vez que el hombre participó (*metésje*) de tales atributos pasó a convertirse en el único animal que, a cambio de tal parentesco divino (*dia ten tou zeou syngéneian*), primeramente reconoció a los dioses. Luego adquirió rápidamente el arte de articular sonidos vocales y nombres, e intentó viviendas, vestidos, calzado, abrigos, alimentos de la tierra. Equipados de este modo, los hombres vivían sin embargo dispersos y no formaban ciudades, siendo de tal guisa aniquilados por las fieras más fuertes y mejor equipadas. En definitiva, todos los males derivaban de su carencia del protoarte teofánico de la política. Buscaban, sí, la forma de reunirse y salvarse construyendo ciudades, pero una vez reunidos se ultrajaban entre ellos, de modo que, al dispersarse, de nuevo perecían.

Y es que los humanos no terminaban de hacer buen uso de las artes robadas, ni siquiera de aquella preciadísima e insuperable que más tarde les fuera concedida por el propio Zeus sin problemas, como el arte de la política (*politikén gar téjnen*), que al parecer en esta ocasión Zeus se siente llamado a compartir con los humanos, rasgo muy resaltable porque la sabiduría política, según habíamos quedado anteriormente, constituía el atributo diferencial de Zeus respecto de los mortales.

En efecto, Zeus, temiendo que nuestra especie por él mismo ideada quedase exterminada por completo a la vista de la torpeza de Epimeteo y de la furtiva intención de Prometeo, envió a Hermes para que llevase a los hombres el pudor y la justicia (*aidô te kai díken*), a fin de que rigiesen las ciudades la armonía y los lazos comunes de la amistad (*filias*).

Cuando Hermes, deseoso al parecer en esta ocasión de hacer las cosas bien, pregunta a Zeus cómo repartir la justicia y el pudor entre los hombres, si del mismo modo que las demás artes, donde con uno solo que posea el arte de la medicina basta para sanar a muchos, Zeus responde: “Entre todos, y que todos participen de ellas, porque si solo unos pocos participan de ellas como ocurre con las demás artes, jamás habrá ciudades. Además, establecerás en mi nombre esta

ley: Que todo aquel que sea incapaz de participar del pudor y de la justicia sea eliminado de la ciudad como una peste (*jos nóson póleos*)”.

E. Ritornello

Hasta aquí Protágoras relatando no una árida disertación fundacional sobre los orígenes, sino más agradablemente un mito (*jariésteron einai myzon jymîn légein*), sin que por ello debamos desoir la voluntad argumentativa del mito mismo.

Si algo claro resulta de tan apasionante narración es esto: Que en la complicada mentalidad griega tanto Prometeo como Epimeteo como el propio Zeus se ven envueltos en una historia fundacional de lo político, esto es, de lo propiamente humano. Entre tanta turbulencia, donde aquel peculiar y mítico Zeus, tan caprichoso e ígneo, rivaliza con la obstinación titánica de Prometeo, poco a poco la candidez del ingenuo Epimeteo parece imponerse por caminos misteriosos.

Pero todo se repite caucásicamente como viera Karl Yung. Una y otra vez la historia de la humanidad parece ser un hilo de Ariadna que sirve como conductor y constructor del manto de Penélope: Hilo de Ariadna porque busca salida en pleno laberinto, manto de Penélope porque la mentalidad griega no permite otra cosa que volver a comenzar según las inexorables pautas del eterno retorno de lo idéntico.

5. Y EL RELATO BIBLICO: ADAN, NOE, BABEL, SODOMA, ABRAHAM

A. Adán

Aunque el libro del Génesis que abre el Antiguo Testamento tiene una antigüedad cinco siglos mayor que el Protágoras de Platón, y aunque la dimensión narrativa paleotestamentaria tampoco pueda en modo alguno ser reducida a la condición de mito, lo cierto de cualquier modo es que todos los hitos que nos han ocupado en Protágoras se encuentran presentes, con una perspectiva muy diferente, claro está, en el A.T.

Cuando Yahvéh crea al hombre le pone en un jardín edénico donde ningún arte falta, aunque no debe tocar el árbol del centro: “Luego plantó Yahvéh Dios un jardín en Edén, al oriente, donde colocó al hombre que había formado. Yahvéh Dios hizo brotar del suelo toda clase de árboles deleitosos a la vista y buenos para comer, y en medio del jardín el árbol de la ciencia del bien y del mal” (Gn 2, 8-9). He escrito en mi libro **En el jardín del Eden** (Editorial San Esteban, Salamanca, 1991) sobre el sentido posible de dicho árbol, aunque ahora podría

añadir que, dada su importancia fundante, ese árbol incluiría desde luego la sabiduría política de que hablaba Protágoras.

Sabido es cómo Adán, a modo de protoPrometeo, alzó su mano transgresora para alcanzar el saber prohibido, y también es conocida su subsiguiente expulsión por Dios como castigo. Yahvéh, sin embargo, confiere al hombre la posibilidad de rehacerse fuera del Eden, trabajando ya con el sudor de su frente y de este modo refundando por así decirlo la polis originaria.

Pero el hombre continuaba fuera la transgresión iniciada dentro del Edén.

B. Noé

“Viendo Yahvéh que la maldad del hombre cundía en la tierra, y que todos los pensamientos que ideaba su corazón eran puro mal de continuo, le pesó a Yahvéh haber hecho al hombre en la tierra, y se indignó en su corazón” (Gn 6, 5-6). Así las cosas, dijo, pues, Dios a Noé, el varón más justo y cabal de su pueblo, el único justo de aquella generación: “He decidido acabar con toda carne, porque la tierra está llena de violencias por culpa de ellos. Por eso, he aquí que voy a exterminarlos de la tierra... Por mi parte, voy a traer el diluvio, las aguas sobre la tierra, para exterminar toda carne que tiene hálito de vida bajo el cielo: Todo cuanto existe en la tierra perecerá. Pero contigo estableceré mi alianza: Entrarás en el arca tú y tus hijos, tu mujer y las mujeres de tus hijos contigo... Entra en el arca tú y toda tu casa, porque tú eres el único justo que he visto en esta generación... Porque dentro de siete días haré llover sobre la tierra durante cuarenta días y cuarenta noches, y exterminaré de sobre la haz del suelo todos los seres que hice. Y Noé ejecutó todo lo que le había mandado Yahvéh... En aquel mismo día entró Noé en el arca, como también los hijos de Noé, Sem, Cam y Jafet, y la mujer de Noé, y las tres mujeres de sus hijos; y con ellos los animales de cada especie, los ganados de cada especie, las sierpes de cada especie que reptan sobre la tierra, y las aves de cada especie: toda clase de pájaros y de seres alados; entraron con Noé en el arca sendas parejas de toda carne en que hay aliento de vida, y los que iban entrando eran macho y hembra de toda carne, como Dios se lo había mandado. Y Yahvéh cerró la puerta detrás de Noé” (Gn 6-7).

Cuando el diluvio cesó, volvieron los hombres a labrar la tierra con el sudor de su frente, dada la nueva oportunidad que recibían para convivir en paz y en gracia de Dios, y no de un modo cíclico o helénico, sino individualizado, creativo, irrepetible por cuanto que en libertad, hebreo.

C. Babel

Pero a esos humanos que andaban errabundos y dispersos, incapaces de

asentarse en un común de unidad ahora que escarmentados comenzaban a lograrlo, hete aquí que se les ocurre la idea diabólica o cacodemónica de alzar una gran torre hasta el cielo, más alta que el árbol de la ciencia, tan alta que por ella se pudiera ascender a modo de escala hasta el cielo, para autolátricamente convertir aquella polis así reconstruida en paraíso en la tierra una vez abolidas las distancias entre el arriba y el abajo. Ellos se habían puesto en común para hablar un mismo lenguaje no necesitado de intérpretes por socializado en la palabra, y eso era bueno, mas no tan bueno resultó ser su uso intencional, porque con él pretendían gritar luciferinamente contra Dios. De ahí que Dios les confundiera haciendo ininteligible su filológicamente reconstruido lenguaje:

“Todo el mundo era de un mismo lenguaje e idénticas palabras. Al desplazarse la humanidad desde Oriente, hallaron una vega en el país de Senaar y allí se establecieron. Entonces se dijeron el uno al otro: ‘Ea, vamos a fabricar ladrillos y a cocerlos al fuego’. Así el ladrillo les servía de piedra, y el betún de argamasa. Después dijeron: ‘Ea, vamos a edificar una ciudad y una torre con la cúspide en los cielos, y hagámonos famosos, por si nos desperdigamos por toda la haz de la tierra’.

Bajó Yahvéh a ver la ciudad y la torre que habían edificado los humanos, y dijo Yahvéh: ‘He aquí que todos son un solo pueblo con un mismo lenguaje, y éste es el comienzo de su obra. Ahora nada de cuanto se propongan les será imposible. Ea, pues, bajemos, y una vez allí confundamos su lenguaje, de modo que no entienda cada cual el de su prójimo’. Y desde aquel punto los desperdigó Yahvéh por toda la haz de la tierra, y dejaron de edificar la ciudad. Por eso se la llamó Babel; porque allí embrolló Yahvéh el lenguaje de todo el mundo, y desde allí los desperdigó Yahvéh por toda la haz de la tierra” (Gn 11, 1-9).

Algunos ante Babel se comportan ingenuamente, cual si de una mera curiosidad se tratase, mas ¿cuántos justos podrán decir que ellos no pretenden erigirse a sí mismos en torres de soberbia para hacerse famosos? Por lo demás ¿no es la filología lo más parecido a Babel? De Babel han hecho muchos filólogos su animal totémico, y no del buho de Minerva.

D. Sodoma

Y otra vez los hombres dispersados y reagrupados vuelven a concitarse, en esta ocasión no en torno a la soberbia, sino en torno a la lujuria, rivalizando sodomitas y gomorinos en la ostentación respectiva:

“Dijo, pues, Yahvéh: ‘Grande es el clamor de Sodoma y Gomorra, y su pecado gravísimo. Voy a bajar a ver si han hecho o no realmente según el clamor que ha llegado hasta mí, debo saberlo’”(Gn 18, 20-21).

Temiendo Abraham que fuese aniquilado el justo con el malvado por un eventual castigo sin excepción a las dos prostituidas comunidades intercede en-

tonces reiteradamente ante Dios: Pero no hay allí ni cincuenta, ni cuarenta, ni treinta, ni veinte, ni diez justos...

Quizá cuando clamamos contra la corrupción actual olvidemos tiempos pasados. Mas clamar contra la corrupción sólo puede hacerse en rigor como justo, o como hipócrita: ¿Habrás, así las cosas, sinceramente diez no hipócritas en nuestras sodomítico-gomorrináceas vidas?

E. Abraham

Lo que sí hay sin embargo, lo que nunca falta, por una u otra causa, siempre en realidad por causa del amor, a pesar de los hombres obstinados, es la misericordia de Yahvéh Dios, setenta veces siete, es decir, siempre, misericordioso.

Lo que le pide Dios a Abraham, para convertirle en Abraham fundador de un pueblo elegido, es que ascienda, que ascienda con su hijo al lar sacrificial. Si Adán –habíamos dicho atrás– había bajado a las profundidades del abismo, y Abraham tenía que subir, sólo Cristo, ya en el Nuevo Testamento, descendería a los lugares más bajos (**descensus ad inferos**) para resucitar y resucitarnos. Y a Abraham le pide Dios el ascenso esperando por lo demás de él poca filología, pocas palabras, sólo un silencio acogedor:

“Después de estas cosas sucedió que Dios tentó a Abraham y le dijo: ‘¡Abraham, Abraham!’”. El respondió: ‘Heme aquí’. Dígole: ‘Toma a tu hijo, a tu único, al que amas, Isaac, vete al país de Moria y ofrécele allí en holocausto en uno de los montes, el que yo te diga’...

Tomó Abraham la leña del holocausto, la cargó sobre su hijo Isaac, tomó en su mano el fuego y el cuchillo, y se fueron los dos juntos. Dijo Isaac a su padre Abraham: ‘¡Padre! Respondió: ‘¿Qué hay, hijo?’ –‘Aquí está el fuego y la leña, pero ¿dónde está el cordero para el holocausto?’ Dijo Abraham: ‘Dios proveerá el cordero para el holocausto, hijo mío’. Y siguieron andando los dos juntos.

Llegados al lugar que le había dicho Dios, construyó allí Abraham el altar, y dispuso la leña; luego ató a Isaac, su hijo, y le puso sobre el ara, encima de la leña. Alargó Abraham la mano y tomó el cuchillo para inmolar a su hijo.

Entonces le llamó el Angel de Yahvéh desde los cielos diciendo: ‘¡Abraham, Abraham!’ El dijo: ‘Heme aquí’. Dijo el Angel: ‘No alargues tu mano contra el niño, ni le hagas nada, que ahora ya sé que tú eres temeroso de Dios, ya que no me has negado tu hijo, tu único’. Levantó Abraham los ojos, miró y vio un carnero trabado en un zarzal por los cuernos. Fue Abraham, tomó el carnero, y lo sacrificó en holocausto en lugar de su hijo. Abraham llamó a aquel lugar ‘Yavéh provee’, de donde se dice hoy en día: ‘En el monte, Yahvéh provee’.

El Angel de Yahvéh llamó a Abraham por segunda vez desde los cielos, y dijo: ‘Por mí mismo juro, oráculo de Yahvéh, que por haber hecho esto, por no haberme negado a tu hijo, tu único, yo te colmaré de bendiciones y acrecentaré

muchísimo tu descendencia como las estrellas del cielo y como las arenas de la playa, y se adueñará tu descendencia de la puerta de sus enemigos. Por tu descendencia se bendecirán todas las naciones de la tierra, en pago de haber obedecido tú mi voz” (Gn 22, 1-19).

7. DE POR QUE ESTE TEXTO

Concluamos. Tanto del mundo judío como del griego hemos elegido como representativos relatos que podríamos hegelianamente denominar **figuras de la conciencia histórica**. Detrás de ellas, sin pruritos filológicos, antes bien con voluntad fenomenológica, si por tal se entiende querer ir a las cosas mismas, aparecen multitud de cuestiones que hemos de apresurarnos a replantear porque sin lugar a duda cuestionan lo que hoy somos o decimos ser.

Yo no concibo que pasemos por lo escrito sin que, por ejemplo, nos planteemos con rigor y radicalidad el sentido de nuestra propia Ilustración, pues sus cuatro paradigmas están ya tan pulverizados hoy como lo estuvieron ayer: La omnisciencia sea en la polis sea a través del saber; el individualismo disgregador surgido del *ego cogito* incapaz de comunión y de comunidad; la sospecha como actitud de acercamiento a la realidad, sea frente a Dios o frente al prójimo; la contraposición entre verdad y creencia, entre fe y razón.

Y por ende pido (aunque no al filólogo, claro, bastante tiene el pobre con la opresión inflacionaria que le invade) empezar a rectificar con modestia en cuatro direcciones: alargando la ciencia (*Wissenschaft*) en conciencia (*Wissen*); ampliando el pensar solipsista en el *des-inter-esement*, porque pensar es pensar-con y pensar-para, tratando de regalar al otro la verdad de que seamos capaces; llevando el magisterio de la sospecha hacia el ministerio de la lúcida ingenuidad; memorando (*Eigendenken*) sin dejar de pensar (*Denken*) y sin dejar de orar (*Andenken*) con esa sabiduría de la memoria anamnética que brota de la gratuidad.

Tanto como ampliar la razón dialógica en una razón utoprofética.